

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

## ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenecen.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—A mi madre, poesía, por Carlos Luis de Cuenca.—¡Hay mas allá!, novela original por Enriqueta Lozano de Vilchez.—La muger caritativa, por Fausto.—Correspondencia.

### EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

#### CARTAS Á JULIA.

(Continuacion.)

V.

¡Oh Julia, oh mi querida Julia, cuán sublime es la amistad que empezada en la cuna, nos acompaña durante todo el amargo trayecto de la vida y no nos abandona ni en la tumba! Yo espero que así sea la nuestra, y tu cariñosa carta confirma mi esperanza.

Gracias por el interés que te inspiran mis tempranas desventuras, gracias por esa solicitud con que anhelas saber todos los más pequeños arcanos de mi vida.

¡Por qué no te habré escrito antes? ¡Ah! es

que el alma es instintivamente egoísta, y todo lo quiero encerrar en sí misma; pesares y alegrías. Tu carta me ha hecho llorar y reír á un mismo tiempo. ¡Cuántas preguntas me haces! Todo lo quieres saber de una vez! Paciencia, Julia, paciencia; es preciso que veas todos los trámites por los cuales ha pasado mi espíritu antes de acercarse un poco á la perfección; es preciso que conozcas cuán rudo es el aprendizaje, para otorgarme el lauro á que, te lo confieso sin falsa modestia, me conceptúo acreedora, Oye, pues, y no te enojés.

Cuando me llamaron para almorzar, bajé procurando afectar un aire muy tranquilo, pero la compasiva mirada que la abuela fijó en mí, me reveló que la hinchazón de mis párpados acababa de venderme. Sin embargo, no me hizo la más mínima pregunta.

Solo cuando quitando los manteles, me dijo con ademan indiferente:

—Quieres llevar una cestita y bajar conmigo al huerto, y cogeremos lechugas?

La obedecí al instante, pero no sin un secreto disgusto.



Anduvimos largo tiempo en silencio.

—Qué hermoso sol! exclamó por fin la abuela interrumpiéndole; mira como los árboles se han cubierto de renuevos, y la tierra se ha revestido de verde con la benéfica lluvia de estos días! Y sin embargo, casi murmurábamos del Supremo Hacedor, tildándole de despótico é injusto, porque el agua y el cierzo nos importunaban, sin pensar que sin aquel cielo ceniciento no nos parecería hoy tan hermoso el sol, y sin aquella lluvia no ostentarían los árboles su bello ropaje de esmeraldas! Lo mismo nos sucede con los tormentos morales. ¡Qué sabemos si en el dolor germina un bien! qué sabemos si la alegría tal vez está engendrando un mal!

Era evidente que la abuela trataba de evocar una confidencia; pero aunque comprendí su intencion, era tal el vago despecho que sentía que me encerré en mi silencio.

—Yo por mí, prosiguió la abuela, he tenido una existencia, que el mundo sin duda habrá llamado desgraciada, y no obstante puedo asegurarte, que cada noche al entregarme al sueño, daba gracias á Dios por sus beneficios.

—¡Oh usted era amada! exclamé sin poderme contener, y el sentirse amados y bendecidos nos dá fuerzas para todo!

—Sí, Enriqueta, me contestó con estrañeza, yo era amada; es más, creo que el día en que baje á la tumba me llorarán todos cuantos me rodean: pero el amor, hija querida, no es una planta que brota espontáneamente, sino que es una planta que se cultiva; planta tan delicada que exige el más constante esmero y la atencion más cuidadosa.

—¡Oh, no! replique sin abandonar mi tono de mal humor, se ama lo que es más bello, más gracioso, más espiritual, cualidades todas que concede la ciega naturaleza, y á veces se ama sin saber por qué... Casi pudiera decirse que todo ello es obra de la fatalidad del destino...

—Fatalidad! destino! exclamó la abuela sonriendo bondadosamente. Pero Enriqueta, cuando te entretengas en definir y buscar el por qué de todas las cosas, verás que el destino y la fatalidad son el resultado casi siempre de

nuestras pasiones ó de nuestra educacion. Acuérdate de la bellísima fábula del *Muchacho y la Fortuna*. Ah! si el imprudente jovencillo no se hubiese dormido á orillas del pozo, sin duda no hubiera caido en él. Pero déjemos eso que ya te lo irá demostrando la experiencia, y volvamos al amor, del cual siento decirte que tienes formada muy mala idea, pues veo que confundes ese sentimiento sublime é impercedero con el fútil capricho y la pasajera admiracion. Examínalo bien: tú admiras las flores, los rayos del sol, los cambiantes del cielo; tienes capricho por poseer una planta rara, una piedra preciosa; pero no amas más que á los pajarillos que dan vueltas en torno de tí; y te incitan y llaman con amorosos píos, y tu amor se va acrecentando á medida que ellos te van manifestando una predileccion más exclusiva. Pues entonces no amas al pájaro por sus caprichosas plumas, por sus variados colores; le amas, porque es un sér animado, capaz de amar á su manera, y porque este amor, tal cual es, te lo consagra. Así, pues, para inspirar un afecto que no sea capricho ó mera admiracion, se necesita algo más que las cualidades exteriores que nos ha otorgado la ciega naturaleza como tú la llamas; se necesita el deseo de ser amados; que pone en juego los poderosos resortes de la sensibilidad y la virtud para conseguir su objeto. Cuando este deseo es ardiente y poderoso ¿habrá algun sér animado, por ridículo, por despreciable que parezca á los ojos del vulgo, que no acierte ni alcance á trasmitir á otros séres la llama que le devora? Tú bien sabes que ayer me jacté de que me haria amar de tí: y no obstante yo soy ya vieja, y por consiguiente fea, y tal vez hasta ridícula; pero ¿crees que apesar de todo eso me será imposible aspirar á tan noble fin?

—Oh, usted es otra cosa! murmuré medio vencida. Era tan doloroso mi tono al pronunciar estas palabras, que la abuela vino á sentarse junto á mí y me estrechó en sus brazos.

—Niña! me dijo sonriendo. acabas de saludar la aurora de la vida y ya desconfias de tus propias fuerzas y de la bondad de la Providencia!

—Es qué, respondí ruborizándome, y de-



jando por fin escapar mi secreto, es que esta mañana he estado hablando con Antonio y me ha hecho un retrato de usted, al cual jamás podré parecerme, lo conozco!

—¡Ah, hija mia, exclamó la abuela con calor, el que es capaz de sentir una noble emulacion está ya salvado! Mira, yo he sido una niña como tú, débil como tú, y sujeta á error, cometiéndole muchas veces! Ah, si algun mérito encuentras en mi conducta, no me admires á mí, admira á mi santa madre que procuró formar mi corazon para el bien: bendice á la Virgen de los ángeles, que me tendió su mano protectora; bendice, en fin, al venerable sacerdote, que sostuvo mi débil paso en la penosa senda de la vida. Además, mi mérito, si alguno hay en mí, tal vez sea hijo de las circunstancias: yo ví la luz del dia aquí, entre estas breñas, sin que ningun eco mundano viniese á herir mis oidos y á contaminar mi alma: me acostumbre desde la infancia á tratar á estos buenos labradores, á protegerlos, á amarlos! Yo pude ver de cerca cuanto habia de recto y sano en su corazon, yo he podido estudiar las causas de su miseria, y hasta de su inmoralidad para combatir las, y lo he hecho, Enriqueta; lo he hecho acaso por egoísmo, porque yo no hallaba mucho cariño en mi casa, y sedienta de amor, como todo corazon jóven, tuve que buscarlo fuera de su recinto.

Perdóname si hago una confesion que una muger nunca debe hacer, en ninguna circunstancia de su vida; pero la hago por tu bien, y esto me justifica.

Aun no tenia quince años cuando me casé, ó más bien me casaron con un hombre, que al pronunciar el solemne juramento al pié de los altares, solo pensaba en los doblones que mi padre guardaba en su gaveta. Era avaro, de condicion áspera y descontentadiza, de un humor insufrible: todo le contrariaba, de todo sacaba pretesto para humillar el amor propio ageno, y esto con tal dureza, que cuantos le conocian procuraban huir de él, dejándome á mí, pobre niña sin experiencia, en perpétua lucha con su génio atrabiliario. ¡Oh cuanto tuve que sufrir, y que hubiera sido entonces de mí yo que acababa de perder á mis buenos padres

si el venerable cura de la aldea no me hubiese sostenido y guiado con sus piadosos consejos!

—Hija, me decia con inefable dulzura, quien busca felicidad en el mundo busca una vana quimera. La muger particularmente, no ha venido aquí á gozar sino á participar de la cruz de Jesucristo, á llevarla como Él resignada hasta el Calvario, para imitarle tambien en su resurreccion triunfante y gloriosa. Jesucristo, que no quiso defenderse de sus enemigos con la espada, que sufrió con paciencia los sarcasmos de sus verdugos, que espiró en un suplicio ominoso, venció sin embargo, y por vencedor le proclama el eco de muchos siglos. Venció por el amor, venció por la abnegacion, venció por la caridad y por las lágrimas. Pues bien: he ahí cuál es la victoria á la cual debe aspirar la muger; hé ahí cuáles son las únicas armas que la es dado esgrimir y el seguro triunfo reservado á sus afanes.

No apartes nunca tus ojos del santo Crucifijo, y Él te dará valor para luchar en la desigual batalla de la vida. Tu marido te desprecia: muéstrale que tienes un alma noble y digna; muéstrale por tus acciones cuán acreedora eres á su respeto y á su consideracion. Por más que se diga, el diamante siempre es un diamante. Puede el vulgo admirar el vidrio primorosamente tallado y esculpido por un hábil artífice; pero el vidrio se quiebra pronto y el diamante no perece nunca. Las olas de la mar se arremolinan en perpétuo giro, y arastran en pos de sí las piedras y las hojas, para sepultarlas en su abismo; pero retroceden ante la fuerte roca, y acaban por besarla humildemente.

Dedicate á practicar con santa diligencia todos tus deberes y aguarda confiada el dia de la justicia.

Yo procuré hacerlo, Enriqueta, pero mucho tuve que sufrir.

(Continuad)

Angela Grassi.



## À MI MADRE.

---

Oye, madre, la cancion  
que mi cariño te envia;  
tuyos mis cantares son,  
porque es tuyo el corazon  
que los siente, ¡madre mia!

Una cancion te ofreci;  
lo que en ella te diré  
serà antiguo para tí....  
¡Si hasta el lenguaje que sé  
de tus labios lo aprendí!....

Antiguo como el amor  
que nuestras almas sintieron  
por la bondad del Señor,  
cuando mis labios se abrieron  
de tus besos al calor.

Yo quiero vivir mis dias  
gozando en tus alegrías,  
sufriendo en tus amarguras,  
viendo tus pupilas puras  
retratadas en las mías.

¡Una madre! Dulce encanto  
en el penoso sendero  
de este mundo de quebranto.  
¡Su amor! El amor más santo....  
el amor más verdadero.

La muger más escogida  
entre las que amen mejor,  
si el hombre su amor olvidó,  
ella, por él ofendida,  
al fin le niega su amor.

La madre no: sólo llora  
y el perdón de Dios implora

para el daño que la haceis,  
que ama... mientras la dejeis  
el corazon con que adora,

Una madre sabe amar  
à sus hijos mientras vive...  
no se humilla al suplicar  
y solo sabe olvidar...  
las injurias que recibe,

Las madres con santo anhelo  
alumbran con sus miradas  
las tinieblas de este suelo....  
¡Lucesitas colocadas  
en el camino del cielo!

Teniendo madre, no sé  
que duda el alma taladre;  
es preciso tener fé,  
¡tiene que haber Dios, que de  
un cielo eterno à mi madre!

¡Madre! mis versos son frios;  
perdona mis desvarios  
si hacen à tu amor agravios,  
y acerca, por Dios, tus labios...  
que el alma tengo en los míos.

¡Madre! ¡Iman de mi ventura,  
no hay amor que más me cuadre  
con más célica dulzura!...  
¡Maldita la criatura  
que no idolatre à su madre!

Carlos Luis de Cuenca.

---



# ¡HAY MAS ALLÁ!

NOVELA ORIGINAL

POR

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Otras niñas de su edad pasaron cerca de ella, y como la infancia es comunicativa y confiada, una se separó del grupo y vino á decirle:

—Vamos á jugar á la puerta de la iglesia hasta la hora de ir otra vez á la maestra. ¿Quieres seguirnos y te divertirás tambien con nosotras?

—¡Oh! no puedo, contestó la niña en voz baja, creyendo que aun desde allí podía molestar á Agustín: no puedo.

—Y porqué? preguntó otra acercándose.

—Porque mi padre duerme y mi madre no ha vuelto.

Nina daba á sus protectores aquellos nombres tan dulces.

—¡Tu padre! ¡tu madre! exclamó la que habia hablado primero: ¡como si lo fueran! Bah ¿no sabemos todas que no te tocan nada.

Nina habia escuchado mil veces algunas palabras que la habian indicado aquel aserto, pero jamás se habia detenido á esclarecer la verdad, porque su timidez se lo impedía.

En aquella ocasion, sin embargo, se paró un instante y luego preguntó á su interlocutora:

—Y qué sabes tú de eso?

—Toma! contestó la niña mirando á Nina con expresion cándida, porque mi madre dice que Lucía te recogió en la puerta de la iglesia una noche en que salian del rosario.

—¿Ha dicho eso tu madre?

—Muchas veces, y ayer mismo al ver á la ciega tan rota y tan mal vestida, la dijo cuando pasaba por nuestra casa:

—Verdaderamente, Lucía hiziste mal en tomar á tu cargo esa niña; te estás sacrificando por ella, y ¿de que te sirve ese arrapiezo, tan endeble, tan fea..... ¡Oh! si la hubieses dejado donde estaba, ahora no te verias precisada á tirar de esa carga tan molesta.—No lo es para mí, dijo Lucía, y me moriré de hambre antes de que á ella le falte el pan. Y se alejó enfadada, mientras que mi madre seguia diciendo: Miren que tonta; se ofende por eso! pues á bien que yo no la he dicho si no una solemne verdad.

—Pero no nos vamos? preguntaron otras niñas

que daban bien poco valor al relato de su compañera; vá á sonar la hora de entrar en la escuela, y todavía vamos á estar paradas aquí.

Aquellas palabras fueron acogidas con muestras de aprobacion, y las niñas se dispusieron á marchar.

—Con que no vienes por fin? dijo la que se habia acercado primero á Nina.

—Nó, murmuró esta, con pausado acento, no tengo gana de jugar.

Y sin moverse de su sitio, las vió alejarse como una bandada de lijeros pajarillos.

Cuando quedó ya sola, dejó caer la cabeza entre las manos, y permaneció mucho tiempo en esta doliente actitud.

Mil pensamientos encontrados rodaban por aquella cándida frente, todas más graves de lo que á su edad convenia, todos tristes, todos apenadores.

Pero ¡ay! el que más la afligia, el que se fijaba con más insistencia en su memoria, eran aquellas palabras que habia escuchado hacia muy poco.

La habian llamado arrapiezo y fea, pero esto en nada la preocupaba.

A su edad aun no se habia despertado en ella ese instinto de agradar, que distingue siempre á la mujer.

Jamás aún, jamás habia llegado á mirarse á un espejo, ¿en su casa no las habia! y ¿para qué? En las casas de los vecinos, la niña era demasiado tímida para intentarlo.

La pobre Nina, delgada hasta la demacracion por las miserias que pasaba, tostada por el sol, mal vestida, mal cuidados sus rubios y largos cabellos, merecia bien aquellos epítetos de arrapiezo y fea, pero ¿qué le importaba á ella? lo que sí habia lastimado su corazon é impresionado vivamente su imaginacion, era el pensar que constituía para Lucía una carga inútil, que para nada servia y que la ciega sufría hambre por ofrecerle á ella su pan.

Nina no podia darse cuenta exacta de todas las ideas que aquellas palabras habian hecho germinar en su mente. Solo supo sentir las, y sin saber siquiera por qué, amargas lágrimas rodaron por su enflaquecido rostro y una pena infinita oprimió su inocente corazon.

Meditó largo rato.

El sol se iba retirando lentamente: ya no calentaba sus pequeños piés; ya no llenaba de luz la estrecha calle: ya ni siquiera doraba con sus rayos los tejados de las casas vecinas, y aun la niña se hallaba en la misma postura, con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza oculta entre las manos.



Algunos de los que pasaron por allí la juzgaron dormida: ¡quién podía creer en las meditaciones de una niña de siete años!

Cuando Lucía volvió, aun Nina permanecía en aquel sitio.

La ciega se adelantó en silencio, y tropezó en el umbral con ella.

—Qué es esto, hija? exclamó, ¿porqué estás aquí? no tienes frío?

—No, murmuró la niña sorprendida de aquel modo, no, madre, no tengo nada.

—¡Qué no, y tus manos están heladas! ¿no hay lumbre en el hogar, ángel mío?

Al decir esto Lucía tocaba con sus dedos temblorosas á la niña y la atraía hacia sí besándola con ternura.

Nina recibió esta caricia con alegría, pero al fijar sus ojos en el enflaquecido rostro de la ciega recordó las frases que había escuchado aquella tarde, y algunas gotas de llanto volvieron á humedecer sus mejillas.

—Lloras! la preguntó Lucía alarmada, ¿lloras Nina mía?

—Yo, no; te engañas, dijo la niña con dulce acento.

—¿No has comido? ¿te ha reñido padre? ha estado incómodo contigo?

La ciega hacía todas estas preguntas con una solicitud enteramente maternal.

Nina trató de convencerla de que estaba alegre como otros días y de que Agustín la quería como siempre.

Lucía no insistió, y ambas penetraron en la casa asidas de la mano y sin separarse la una de la otra.

La niña estuvo aquella noche mas tierna, mas cuidadosa que nunca con su madre adoptiva, y procuró á su modo serla útil, para desmentir aquella idea de «que no la servía para nada».

Después de la cena, Nina se dirigió á casa del señor cura para recibir su lección acostumbrada, y el anciano pudo notar que su discípula estaba distraída.

—En qué piensas esta noche, niña? la preguntó un poco enojado, en qué piensas que no atiendes á lo que te digo?

—Es que... es que quisiera, respondió Nina, que ya que es V. tan bueno me enseñara esta noche otra cosa á mas de leer y escribir.

—Ora cosa? preguntó el anciano asombrado, pero mirando á la niña con mayor cariño, y ¿qué quieres que te enseñe?

—El modo de servir de algo, el modo de ser útil á mis... bienhechores.

—Como! pero quien te ha dicho?...

—Juana, la hija de la señora Manuela, respondió Nina sin dejarle acabar.

—Y qué es lo que te ha contado esa bachiller? exclamó el cura enfadado, dímelos todo, que ya la enseñaré yo á no meterse en lo que no la importa.

—¡Oh! no señor no riña V. á Juana. Yo sabía... había pensado que ni Lucía ni Agustín eran mis padres, en lo que no había caído era en que soy una carga para ellos, en que no les soy de ninguna utilidad.

El sacerdote conmovido miró á la niña y murmuró.

—Hija mía, tu edad te imposibilita hoy de lo que deseas, mañana quizás...

—Mas imposibilitada está Lucía por que no vé, sin embargo no me deja, no me abandona.

—Es verdad, pero...

—Ya vé V. que es preciso que yo haga algo por ellos, que yo también ayude como Lucía. Oh! es forzoso que V. que todo lo sabe, me enseñe á ganar dinero para que mis padres... por que yo les llamaré siempre mis padres, no pasen mas hambres, no pasen mas frios. Y V. lo hará, sí, es verdad que lo hará V?

El buen cura no sabía que responder, no podía adivinar como una niña de tan pocos años iba á ganar con que pagar aquella deuda de gratitud que Nina quería solventar.

Veíase muy apurado para contestar, y al fin murmuró mirando á su discípula con inefable cariño.

—Por ahora, hija mía, es poco lo que puedes hacer.

—Oh! dígamelo V.

—Ser muy buena.

—Lo sere, dijo la niña con afán, pero...

—Aplicarte mucho, aprender á leer, y cuando el pobre Agustín se desespere, leerle alguno de los libros que te daré.

—Bien, sí, mas... eso? qué beneficio le puede hacer?

—Oh! hija mía, tu no lo comprendes! pero será el mayor de todos.

—De veras?

—Sí: ese desgraciado anciano ha vivido muchos años en la ignorancia mas espantosa: su carácter irascible y violento ha inutilizado todos nuestros esfuerzos en favor suyo, el desgraciado, hija mía, apenas cree que hay Dios!

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilches,



## LA MUJER CARITATIVA.

Nadie pone ya en duda la influencia grande que la mujer ejerce en la sociedad moderna, desde que la civilización y, sobre todo el cristianismo, la redimieron de la triple esclavitud en que la tenían la fuerza brutal de los pueblos incultos, el materialismo de Oriente y la ignorancia que había en la Edad Media respecto á su educación.

Aquella frase axiomática de que, los hombres hacen las leyes y las mujeres hacen las costumbres, ha sido desarrollada por escritores de todos géneros y en todos los tonos. Entre otras recordamos las frases discretas y agudas con que el profundo pensador, que firmaba con las iniciales J. S., expresaba hace años en el acreditado «Diario de Barcelona, la naturaleza del imperio que la mujer ejerce insensiblemente en la familia, y por consiguiente en la sociedad, que no es más que la agrupación de las familias. Las palabras del clásico crítico son tan intencionadas y oportunas, que creemos agradecerán nuestros lectores el que copiemos algunas. He las aquí.

«El hombre, que es sobre la tierra el ser más sabio, el que todo lo sabe, el que todo lo quiere, el que todo lo puede, se ve de continuo vencido por el ser más débil.

Unas veces es Sansón y lo vence Dalila. Otras veces es Holofernes y lo vence Judith.

El hombre tiene la fuerza, la inteligencia y la sabiduría, pero la mujer tiene la voluntad.

El hombre aprieta los puños ó aprieta el entendimiento, amenaza ó razona, manda ó convence. La mujer llora ó acaricia.

Los cálculos mejor hechos, los proyectos más sólidamente preparados, las obras más firmemente levantadas por la fuerza, por el entendimiento y la sabiduría de los hombres, son muchas veces castillos de naipes que destruyen el soplo de un suspiro arrancado del corazón de una mujer.

Dios ha concedido á la gota de agua el poder de quebrantar la piedra, y del mismo modo tiene el privilegio de dominar á los hombres.

No hay manera de sustraer al poder de sus miradas, al atractivo de sus sonrisas, al imperio de sus lágrimas.

Antes esa poderosa debilidad, que se llama

mujer, la fuerza del hombre flaquea, su entendimiento se debilita, su sabiduría se oscurece.

Si el hombre es la cabeza del género humano, la mujer es su corazón: él piensa y ella siente; él averigua y ella adivina, él tiene la ciencia y ella tiene la fé.

La mujer forma la familia y la familia forma la sociedad, la sociedad será lo que sea la familia, y la familia será lo que sea la mujer.

Por eso parece que les hemos encargado el ejercicio de todas las virtudes, como si en sus manos estuvieran más seguras que en las nuestras.

Tres nombres tiene la mujer, que son como los tres anillos que forman la cadena que sujeta el corazón del hombre.

Primero la conocemos con el nombre de madre.

Después con el nombre de esposa.

Luego con el nombre de hija.

Como si el hombre fuera perpétuamente niño, pasa de los brazos de la madre á los brazos de la esposa; de los brazos de la esposa á los de la hija. Hijo, amante ó padre, la mujer es siempre la que nos sujeta, la que nos esclaviza, la que nos domina.

Dentro de la casa, en el seno de la familia, en ese rincón de la sociedad que se llama hogar doméstico, se hace siempre lo que el hombre manda, pero regla general, el hombre no manda más que aquello que la mujer quiere que mande.

El hombre se contenta con las apariencias de la autoridad, y, orgulloso con la posesión del poder ejecutivo, no suele advertir que hay quien legisla sobre su voluntad, que hay quien le impone la ley, y, semejante á los reyes constitucionales, reina y no gobierna.

Siempre que veo á una mujer apoyada en el brazo de un hombre, no me cabe duda que aquel hombre lleva á aquella mujer; mas si penetramos un poco en el fondo de esta combinación, veremos que el la lleva y ella lo dirige.

Pues bien, la mujer ejerce en la sociedad el mismo influjo que ejerce el hombre sobre ella, y la que tan fácilmente cambia de modas, cambia difícilmente de sentimiento, y nos impone á la vez la ley de su corazón y la ley de su capricho: sus sentimientos y sus modas; todas las locuras de su tocador y todo el juicio de su buen sentido.

He aquí un profundo juego de palabras; la razón es del hombre, pero siempre se dá la razón á las mujeres, porque cuando ellas se empeñan en tener razón, no hay más remedio que dársela.

Todo lo ignoran y todo lo saben, como si tuvieran la intuición de todas las cosas; y esto



consiste en que el corazón se engaña menos veces que la cabeza.»

Si, pues, tan grande es la influencia de la mujer en la sociedad, queremos hoy llamar la atención de los lectores de «La Voz de la Caridad» sobre uno de los caracteres que suelen distinguir á la mujer, por lo mucho que aprovecha como un ejemplo que seduce á los demás con la fuerza de esa influencia que tan gráficamente nos pinta el académico de la lengua señor S.

Nos referimos á la mujer caritativa.

Si convenimos en que la caridad es, además de otras cosas, señal evidente de buen corazón, preciso es convenir también en que debe ser, y es realmente, uno de los más bellos adornos morales de la mujer. Es más; apenas concebimos mujer buena sin que sea caritativa, pues el egoísmo y la dureza con las miserias del pobre, nos parece un contrasentido imposible en el corazón femenino, que suele encerrar tesoros de sentimiento.

Los grandes heroísmos de la caridad han tenido muchas veces su origen ó su desarrollo en las mujeres. Los hombres, generalmente hablando, apenas sabemos y hacemos más que imitarlas en este punto.

Mujeres son las *Hermanas de la Caridad*, que renuncian á la familia, al placer, á las comodidades y á todo, para consagrar su existencia, su trabajo y su ternura al cuidado de los hospitales, de los hospicios, de los expósitos, de las escuelas y de los heridos en el campo de batalla.

Una mujer, sencilla aldeana bretona, fué la primera *Hermanita de los pobres* y la fundadora de este moderno instituto de beneficencia, tan simpático al pueblo.

Y cuando queramos ver heroísmos profundos, aunque modestos, de abnegación, de amor sublime, de sacrificios y de sufrimiento, no los busquemos en el hombre eminente ni en sus triunfos aparatosos, sino en la madre de familia, clavada días y noches junto á la cuna de su hijo enfermo ó velando incansable á su anciana madre moribunda.

El hombre, pues, que piense un poco y se fije más en la esencia que en los accidentes de cuanto se ofrece á su observación, podrá ser indiferente á la belleza exterior y á los halagos de las mujeres, pero no dejará de rendir grato homenaje de respecto y de aprecio á la caridad de la mujer benéfica, viendo en esta cualidad un indicio de todos los que deben constituir la perfección posible de su sexo.

Esto respecto á la caridad con relación á la mujer que la tiene, pero respecto á la sociedad

que la presencia y la admira, el efecto es todavía más trascendental.

Casi lo menos es el beneficio material que por ella reciben los pobres socorridos: lo más importante es quizás la propaganda útil que hace su ejemplo sobre los hombres y sobre las mujeres, la enseñanza práctica que ofrece de los gozos puros que hay en hacer bien, y lo mucho que atrae el encanto con que la mujer, por medio de ese ejemplo, parece decir á todos: «Imitadme y os lo agradeceré: seguid mi ejemplo si quereis agradarme.»

Ya que tan provechosa es la caridad de las mujeres para ellas mismas y para los demás, nosotros nos permitiríamos dar un consejo á los padres, á las madres, á las institutrices, á las maestras y á todas las personas que constituyen el elemento educador de la mujer: nosotros les diríamos: «Educad, instruid y embelleced moralmente á las niñas; desarrollad su entendimiento; formad su corazón; infundid en sus tiernas almas los consuelos salvadores de la fe y las felicidades ideales de la esperanza; pero falta algo más tan importante como todo eso: hacedlas caritativas, desenvolved en su corazón la caridad que es el germen de la compasión, enseñandoles á hacer bien por deber religioso y moral, por placer puro y para dar alimento á la ternura del corazón que necesita objeto en que fijarse, y no siempre encuentra otro más digno. Las niñas os lo agradecerán cuando sean mujeres formadas: la sociedad os lo agradecerá siempre.»

FAUSTO.

#### CORRESPONDENCIA.

*Aldea de S. Miguel.* Recibidos los 24 rs., gracias por su bondad.

*Avilés.* Señora doña V. H. G., en nuestro poder los 58 rs., deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

*Bagnio.* Señor don D. de G., conforme con su cuenta. Con los 12 rs. que envía deja abonado hasta fin de abril del 81.

*Puebla de los Infantes.* Señor don J. M. C. y don R. M., recibimos los 56 rs., dejan abonado hasta fin de junio del presente, y por lo cual les damos las gracias. A la mayor brevedad nos pondremos al corriente del atraso en que estamos.

Remito los números que pide.

*Ajamil de Cameros.* Señor don J. N., tiene abonado hasta fin de abril del 80.

*Albalate de Cinca.* Señora doña J. A.; remitimos la suscripción nueva, dejando abonado hasta fin de abril del 80.

La Directora.

Granada.—Imprenta de «La Madre de Familias».